

charron contra Suffolk, el cual se encerró en Jergeau. El asalto que se dió allí fué sangriento. Juana, subiendo con su estandarte en la mano, fué derribada al foso por una gruesa piedra que rompió el casco que cubría su cabeza; pero pudo levantarse y renovar su primitiva animación.

Suffolk se dirigía á uno de sus caballeros, y Juana estimulaba continuamente á sus tropas para que siguieran adelante. «Teneis miedo, caballero, decía sonriendo al duque de Alençon, que unia la prudencia al valor; no temais nada, yo he prometido llevaros sano y salvo á vuestra muger.»

Buscaban otro ejército inglés mandado por Talbot en la Beauce. Separado de este ejército por un bosque, Lahire, que mandaba la vanguardia, no sabía qué sendero tomar. Un ciervo que apareció de repente casi bajo los pies de su caballo se precipita en el campamento inglés, y los describe á los gritos que no puede contener este pueblo cazador que ve al ciervo. El ejército francés, guiado por este milagroso incidente marcha contra aquellos, que sucumben; sus mas temidos gefes, Talbot y Seales, se entregan, y son conducidos con Suffolk á los pies del delfín. Juana, testigo de la derrota, despues de la victoria se compadeció de los vencidos desarmados, se apea, entrega la brida á su page, levanta á los heridos del suelo empapado en sangre y los cura con sus propias manos.

El regente, duque de Bedford, temblaba dentro de Paris.

«Todas nuestras desgracias, escribia al cardenal de Winchester, provienen de una jóven mágica, que por medio de sus sortilegios ha devuelto el ánimo á los franceses.» El duque de Borgoña, que se hallaba en Flandes, fué mandado llamar por Bedford, el cual vino para alentar y defender á Paris auxiliado por los ingleses.

## XXXII.

Sin embargo, Juana, despues de esta victoria, volvió á donde el rey se hallaba; últimamente le habia decidido á marchar sobre Reims. Se dirigieron á Paris por Auxerre y marcharon sobre Troyes, capital de la Champagne, y la ciudad se entregó á la voz de la libertadora de Orleans.

Juana, al mismo tiempo que se acercaba á su país, iba excitando cada vez mas entusiasmo y mas envidia. Su familia la reconocia en fin como inspirada, despues de haberla llamado como loca. Sus hermanos, llamados por ella al campo, recibían honores y felicitaciones de la corte, pues combatían y triunfaban bajo el mando de su hermana. Pero el monge Ricardo, este predicador envidioso, del cual ya hemos

hablado, le disputaba su popularidad suponiéndola hechicera: pérdidas semillas de descontento que sembraba con mala intención en el pueblo para desacreditarla.

A su entrada en Troyes, se atrevió á adelantarse hácia Juana, y á exorcizarla y á hacer la señal de la cruz sobre su caballo, como contra un fantasma de Satanás. «Venid, acercaos, dijo Juana: no temais que desaparezca volando.»

Chalons y Reims le abrieron tambien sus puertas. El rey fué consagrado, y cumplida la misión de Juana. «¡Oh mi respetable soberano, decía abrazando sus rodillas en la catedral, luego que le vió coronado: ya se ha cumplido la voluntad de Dios, que me ordenó os trajese á la ciudad de Reims para recibir vuestra santa consagración. Ya sois rey, y la monarquía de Francia os pertenece.»

Ella era el *palladium* visible del pueblo: las mugeres decían á sus hijos que la tocaran, pues la conceptuaban como una reliquia: los soldados besaban arrodillados su estandarte, y santificaban sus armas aproximándolas á su espada desnuda; pero Juana, modesta y religiosamente, se negaba á estas supersticiones y á estas adoraciones de la multitud, no atribuyéndose ninguna virtud sobrehumana, mas que la obediencia á las órdenes que habia recibido de Dios, cumplidas por su inspiración. «¡Oh! esclamaba contemplando el entusiasmo de aquel rey devuelto á su pueblo, y de aquel pueblo devuelto á su rey, ¡que no pueda yo morir en este momento!

«¿Y dónde creéis morir?» le preguntó el arzobispo de Reims.

«No sé nada, le respondió la santa jóven, donde Dios quiera; yo he hecho lo que mi Señor ha mandado que haga, y desearia que ahora fuese su voluntad enviarme á guardar mis ovejas con mi hermana y mi madre.»

Juana comenzaba á sentir aquella duda del porvenir que se apodera del heroísmo, del genio, de la virtud misma cuando han terminado la primera mitad de toda grande obra humana, y que no le resta mas que la segunda mitad, esto es, el descenso y el martirio. Comenzaba á oír aquellas voces, no ya del cielo, sino del hogar, que llaman en vano al hombre desalentado de sus ambiciones y de sus glorias, al lugar doméstico de sus primeras ternuras, á las humildes ocupaciones de su infancia y á la sencillez de sus primeros dias. ¡Pobre Juana! ¿Por qué no escuchó estas voces?... Pero Dios la destinaba para otra cosa. No resplandece sin la iniquidad de los hombres y sin el martirio, la verdadera virtud y la santidad.

## SEGUNDA PARTE.

El genio en acción es una inspiración del alma; pero esta misma inspiración necesita servirse de las circunstancias. Cuando estas circunstancias extremas, que producen en nosotros aquella excitación de todas nuestras facultades que se llama genio, se desvanecen ó se debilitan, el genio tambien se estingue; ya no está sostenido por aquello que le hacia superior al hombre, entonces, se dice de los héroes, de los inspirados ó de los profetas: «Dios ha cesado de hablarle al oído.»

Tal era el alma de Juana de Arco despues de la consagración de Carlos VII en Reims: por eso desde este instante se apoderó de Juana el mas grande abatimiento. El rey, el pueblo y el ejército á quienes habia hecho vencedores, querían que permaneciera siendo siempre su profetisa, su guía y su milagro; pero ella no era ya mas que una débil muger estraviada en las cortes y en los campamentos, y bajo su misma armadura sentía su debilidad. Solamente le quedaba su corazón siempre intrépido, pero no inspirado; queria hacer hablar á un oráculo que ya no tenia divinidad, ni lenguaje, ni voz; se revela la candidez de su alma en sus respuestas á los jueces, en el momento de su proceso.

La Francia no tenia ya necesidad de Juana. El cambio del delfín, de este príncipe jóven y valeroso, arrancado por una pastora de los brazos de sus queridas, la salvación milagrosa de Orleans, la derrota de Bedford en las llanuras de Beauce, el cautiverio ó la muerte de los caballeros ingleses mas afamados, el fanatismo religioso y patriótico del pueblo entusiasmado por la aparición, por la voz y por el brazo de una zagala, y creyendo ver en todas partes milagros en vez de hazañas, todas estas circunstancias habian alimentado la esperanza y el patriotismo sobre la superficie del país, y el terror y la duda en el corazón de los borgoñones y de los ingleses.

El suelo repudiaba ó devoraba á los enemigos; se creían, en fin, usurpadores de un trono y extranjeros en su patria. La consagración de Reims, aquella coronación que se reputaba como divina, que hacia intervenir en ella la mano de Dios y el bálsamo celeste para juzgar la legitimidad de los príncipes, no solamente el amor, sino la religion del pueblo. Defendiendo á su rey, este pueblo creía defender desde entonces al elegido del cielo. Juana de Arco ha sido bien inspirada conduciendo recta-

mente al soberano á los altares de Reims, porque de otra manera no hubiera conseguido mas que una victoria ó ganado una ciudad, y en Reims habia logrado una monarquía y una divina autoridad. La revolución contra su persona habia ido degenerando en blasfemia é impiedad, y un político consumado hubiera aconsejado lo mismo que la ignorante inspirada.

Ademas, como sucede siempre en esta clase de revueltas, la división, la discordia, las rivalidades, las mútuas recriminaciones se habian introducido en los consejos de los ingleses y de los borgoñones. El duque de Borgoña, enervado por las prosperidades y por las mugeres, se contentaba con venir de vez en cuando desde Flandes á Paris, para ostentar, como Antonio despues de la muerte de César, la sangre de un padre asesinado en presencia de los parisienses, y para recoger las vanas popularidades de una multitud mas tumultuosa que devota á su persona.

El duque de Bedford, regente de Francia por el rey de Inglaterra Enrique VI, y el cardenal de Winchester, soberano de Inglaterra durante la infancia de este rey, se asediaban y se devoraban mútuamente, al mismo tiempo que aparentaban entenderse y sostenerse. El cardenal, alarmado, no obstante por los reverses harto vergonzosos de Bedford, conducía á Paris un nuevo ejército. El duque de Bedford temblaba en Paris: todas las ciudades y todas las provincias circunvecinas sucumbían delante de las fuerzas temibles del rey de Francia, y el estandarte de Juana, desplegado bajo los muros de las plazas sitiadas, bastaba para que abriesen las puertas al rey Carlos. La superstición del pueblo creía ver en derredor de este estandarte la llama del poder celestial que rodeaba á la enviada de Dios.

Su humildad no se exaltaba absolutamente nada en medio de estos triunfos, ni su castidad era menor al través de los campamentos. Todas las noches, dicen las crónicas, «se alojaba en la casa de la muger mas honrada del lugar, y frecuentemente hasta se acostaba en su propio lecho. Dormía con las armas en la mano y medio vestida con su traje de guerrero, á fin de proteger mejor su pudor.»

Jamás se enorgullecía con los infinitos honores que la tributaban. «Lo que yo hago, decía incesantemente al pueblo supersticioso, no es un milagro, sino un ministerio que me ha confiado la Divinidad, por la cual estoy sostenida. No beseis mis vestidos ó mis armas como objetos prodigiosos, sino como instrumentos que atestiguan la misericordia de Dios.»

## II.

Despues de algunas operaciones de los franceses y de los ingleses en los alrededores de Paris para protegerle, el rey se adelantó



hasta San Dionisio, y el duque de Bedford se apresuró á encerrarse en la ciudad para defenderla á un mismo tiempo contra el asalto del rey y contra la movilidad del pueblo.

El duque de Borgoña, presintiendo por quén se decidiría la victoria, comenzó á negociar secretamente con Carlos VII. Juana de Arco, consultada acerca de estas negociaciones, los animaba con todo su esfuerzo: las cartas que ella dictaba para el duque de Borgoña no respiraban mas que la paz, el perdón recíproco y la unión de todos los miembros de la familia francesa contra el extranjero. Su corazón, que sabía socorrer á los soldados, daba también consejos saludables á los políticos; el juicio, la sensatez, se revela en cada una de sus palabras; nadie puede poner en duda la influencia consoladora de sus cartas al duque de Borgoña; no excluía ni aun á los ingleses de su tolerancia y de su deseo por la paz; no injuriaba á los enemigos del rey sino que los suplicaba. Su caridad en las palabras armonizaba con su intrepidez en los combates.

Juana estimulaba al rey para que se diese prisa á atacar á París, tomando su deseo por una luz celeste, y su impaciencia por una inspiración. Los generales se resistían aun; mas ella los condujo á su pesar hasta el barrio de la capilla de San Dionisio: allí marchó Juana con la vanguardia mandada por el duque de Alençon, por el mariscal de Raiz, por el mariscal Boussac, por el conde de Vendôme y el señor de Albes: Juana dispuso que acampase su ejército en las aldeas inmediatas que dan frente á las puertas del Norte de la capital.

Pero el pueblo, contenido por el ejército de Bedford, por el parlamento y por la clase media demasiado comprometida con los ingleses y los borgoñones para no creer en la venganza del rey, no se conmovió mas que para defender á los extranjeros que avasallaban la capital y el trono. El espíritu de sedición, sostenido por Isabeau, los Armagnacs y las facciones durante tantos años, habían estinguido la nacionalidad en el alma de esta ciudad inconstante. Se cerraron las puertas, se inundaron los fosos, se violaron los depósitos públicos para soldar las tropas, y se propagó la falsa nueva de que el rey y su maga habían jurado hacer rodar su carro triunfal sobre las ruinas de la capital.

Juana, informada de tales rumores, se esforzó cuanto pudo en desmentirlos por la disciplina que sostenía en las tropas del rey. Indignada cierto día de los escándalos que dieron algunos soldados que querían atentar contra el honor de una aldeana, dió á uno de los culpables sobre la coraza un golpe tan fuerte con su espada, que esta se convirtió en dos pedazos. Era la milagrosa espada que había ejecutado tantos prodigios en su mano. ¡Fúnesto presagio! El rey la riñó y Juana lloró su espada.

Pero decía que prefería, sin embargo, su

estandarte blanco y su hacha, pues ella no atacaba jamás para herir, sino para vencer, y que sus armas jamás se mancharon con la sangre del enemigo. Se atribuía como sacerdotisa de la libertad de su patria, aquella ley del sacerdocio que repugna la sangre; siempre muger hasta en medio de los combates.

Después de una semana de inútil espera, Juana mandó dar el asalto á los baluartes desde la cima de aquella pequeña colina, hoy cubierta de calles, de edificios y de templos, que ha conservado el nombre de Cerro de los Molinos: Juana atravesó, con el duque de Alençon y los generales el primer foso, á pesar del fuego que lanzaba la ciudad; cuando llegó al borde del segundo, casi sola y espuesta á los disparos de los baluartes, sondeó la profundidad del agua con la lanza é hizo llenar el foso de fajas á la par que agitaba su bandera intimando á la ciudad para que se rindiera, cuando una flecha la atravesó la pierna y dejó caer desmayada sobre un montón de muertos y heridos.

La trasladaron á la parte opuesta del foso, en un sitio bajo, donde las flechas y los fuegos pasaban por encima de su cabeza, y la tendieron sobre la yerba para arrancar la flecha de la herida. Juana recobró la voz y el gesto para alentar á los suyos al asalto. Los valientes caballeros la suplicaban en vano que no se ocupase de la campaña: las flechas y las balas no servirían para la conquista de la ciudad, los fosos se llenarían en vano de cadáveres; mas ella se obstinaba en la victoria ó la muerte. El duque de Alençon temía perder con ella el alma y la fé del ejército, y se vió precisado á socorrerla, sacándola de entre los brazos de los soldados y del siniestro campo de batalla, donde ella quería perecer. La noche cubrió los muros y la llanura; los generales del rey retiraron silenciosamente las tropas, y para no revelar sus pérdidas á los parisienses cuando amaneciera, sacaron los cadáveres del foso. Los ordenaron á guisa de pira en la granja de los Mathurianos y les prendieron fuego durante las tinieblas para no dejar á los ingleses mas que las cenizas.

Semejante revés, que confundió las profecías de Juana de Arco, fué el primer mentís del cielo á su espíritu de adivinación y el primer atentado contra el prestigio popular de su infalibilidad.

Comenzó Juana á dudar de sí misma, su ánimo cambió á la vez que su fortuna, y se humilló delante de Dios y delante del rey, renunciando á la guerra, colgó su blanca armadura y su espada sobre la tumba de San Dionisio, en la basilica. Pero el rey y los caballeros la suplicaron de tal manera que volviere á tomar las armas, y se acusaron de tal modo de las faltas que habían desconcertado sus profecías, que Juana tuvo la debilidad de ceñirse otra vez su armadura para complacer al ejército y continuar inspirando y comba-

tiendo, cuando ya le faltaba la inspiración y cuando le faltaba el ánimo para pelear.

III.

El ejército se desanimó después de la desgraciada tentativa sobre París; se concedieron treguas por una y otra parte para dar tiempo á las negociaciones. Juana pasó á Normandía para auxiliar al duque de Alençon y reconquistar su herencia personal sobre los ingleses. El señor de Albret la obligó en seguida á que guerreade con él en Oranges é hizo prodigios de valor en el sitio de Saint-Pierre-le-Montier: Juana volvió á encontrar su genio inspirador entre el humo del asalto; casi sola al lado del foso y abandonada de los suyos combatía aun. Su fiel escudero Daulon la llamaba en vano. «¿Qué haceis, Juana? Mirad que os encontrais sola.—No, repuso, señalando el espacio vacío y el cielo, tengo 50,000 hombres que me defienden.» Y con extraordinaria audacia continuaba llamando á los soldados desalentados, hasta que logró la siguieran á los muros, los cuales escaló valerosamente con ellos.

Rotas otra vez las hostilidades entre Carlos VII y los ingleses, Juana llevó al rey un ejército bajo los muros de París. Desengañada de lo infortunado de las negociaciones, le dijo esta vez al rey «que la paz estaba en la punta de su lanza.» Desbarató muchos cuerpos de borgoñones y de ingleses, y se encerró en Compiègne para defenderle, como á Orleans, contra el duque de Borgoña. La suerte de los franceses luchaba allí, como en un campo cerrado, contra la fortuna de los dos ejércitos de Inglaterra y de Flandes.

Un hombre intrépido y feroz, Guillermo de Flavy, mandaba la ciudad; el rumor de los tiempos le acusaba de animosidad ó de desden contra la heroína popular de los campamentos. Juana había prometido salvar la ciudad. En una de las primeras salidas de la guarnición contra los sitiadores, ella combatía con su primitiva audacia contra las tropas de Montgomeri y el señor de Luxembourg. Dos veces rechazada, dió otras dos veces la victoria á su estandarte.

Al fin de la jornada, los ingleses y los borgoñones reunidos, y concentrando todos sus esfuerzos sobre aquel puñado de caballeros que la rodeaban, se dirigieron á ella sola, como á la única alma de sus enemigos y al único móvil de su derrota.

Cercada y perseguida en medio de los suyos, se sacrificó por salvar á los que habían confiado en ella, y mientras que pasaban el puente levadizo para entrar en Compiègne, se quedó la última, espuesta á los ataques de los

ingleses y combatiendo por la salvación de todos. En el momento en que lanzaba su caballo sobre el puente levadizo para refugiarse la última detrás de los muros, se levantó el puente y la cerró el camino. Cogida por su ropa y precipitada de su caballo, se levantó para combatir otra vez; pero cercada y desarmada por sus enemigos, se entregó prisionera á Lionel, bastardo de Vendôme, y fué presentada al señor de Luxembourg, general del duque de Borgoña.

Ninguna victoria valía tanto á los ojos de los ingleses como el despojo que la casualidad ó la traición acababa de entregarles. Juana era á sus ojos el genio salvador de la Francia y de Carlos VII; creían teniéndola tener su trono.

El duque de Borgoña acudió en persona para asegurarse de su triunfo, contemplando á su cautiva; le habló en secreto en el recinto donde la habían encerrado. Las salvas de artillería y el *Te Deum* de las catedrales celebraron al punto la prisión de Juana de Arco en todas las ciudades y en todas las provincias de los aliados. La Francia misma se creía conquistada con esta jóven.

El pueblo, por el contrario, lloró y lamentó en todas partes su muerte. Se hablaba secretamente en los campos y en las cabañas de la supuesta traición del señor Flavy, comandante de Compiègne, que había, según el pueblo, vendido la heroína de Dios al señor de Luxembourg; se referían en apoyo de esta acusación, sin pruebas y sin visos de probabilidad, los presentimientos y las proposiciones de Juana la víspera del último combate.

«¡Ay! mi buenos amigos, mis queridos hijos, dijo á sus huéspedes y á sus pages, os lo digo con tristeza, hay un hombre que me ha vendido; me han hecho una traición y muy pronto seré condenada á muerte. Rogad á Dios por mí, porque muy pronto ya no podré servir á mi rey, ni á la noble soberanía de Francia.»

Presentimiento ó sospecha que en una jóven, alimentada en las máximas del Evangelio, recordaba las de su divino maestro en la cena fúnebre con sus amigos. ¿Aludía Juana al valeroso Flavy, guerrero demasiado brusco para bisonjear las credulidades populares, pero demasiado valiente para ser capaz de una traición? ¿O pensaba en la envidia del monge Ricardo, cuyas acusaciones de sortilegio la perseguían? Nadie adivinó su pensamiento; pero todos recordaban con dolor sus tristes presagios.

Su madre, que había venido á verla á Reims, y que se admiraba de su intrepidez en las batallas, habiéndola dicho un día: «Pero Juana, ¿tú no tienes miedo á nada?»

—No, le respondió; yo no temo mas que la traición.»

Con efecto, bajo el peso de la traición, el heroísmo, la virtud y el genio sucumben. Facultades poderosas que no pueden combatirse



frente á frente, que tienden un lazo lo mismo al águila que al león.

Se observaba en Juana hacia algun tiempo un fervor extraordinario; entraba de noche en las iglesias y en las capillas de los campos y se arrodillaba, rodeada de niños, á los cuales enseñaba los misterios de la religion cristiana, y muchas veces la sorprendian rezando y orando á la sombra de los mas oscuros pilares del templo. Esperimentaba la agonía del monte de las Olivas antes de su suplicio, como la esperimentó el divino Maestro, á quien ella servia.

Este abatimiento del alma y del cuerpo redobló su amargura despues del cautiverio. Las leyes de la guerra y de la caballería, su sexo, su edad, su belleza, la dulzura y la humanidad que habia manifestado siempre despues de la victoria, el escrupulo que siempre habia tenido de no derramar sangre nunca en los combates, la pureza de sus costumbres, la candidez de su fé, todo debia prometerle y asegurarle una salvaguardia, la compasion, los respetos que se deben á un guerrero que se entrega y á una muger que era la admiracion de las ciudades y de los campos. Era una infame felonía para un caballero entregar ó vender á otro los prisioneros puestos á merced suya. La hospitalidad obligatoria de la prisionera era tan sagrada como la del hogar. El señor Ligny, á quien Juana se habia entregado, respondia de su cautiverio ante la costumbre y el pundonor; no podía, segun las leyes y costumbres de la guerra, desprenderse de Juana mas que por medio de un rescate, si la Francia se lo proponia.

Pero Ligny dependia del señor de Luxembourg en calidad de vasallo; tenia interés en lisonjear á este caballero, á quien debia muchas consideraciones. El mas estimado presente que pudo ofrecer al señor de Luxembourg, aliado del duque de Borgoña, para conquistarse su favor, era el genio tutelar de Carlos VII.

Despues de haber enviado á Juana prisionera á uno de sus propios castillos, cercano á la Picardia, la entregó al señor de Luxembourg; los ingleses al duque de Borgoña; la Inquisicion de Paris la entregaba á los unos y á los otros, enagada de purgar á la tierra de esta victima, cuyo patriotismo era un crimen á los ojos de la Inquisicion, aliada y compañera de la usurpacion. Usando de los derechos de nuestro oficio, escribia el vicario general de la Inquisicion á las gentes del duque de Borgoña, requerimos instantáneamente y mandamos, en nombre de la fé y bajo las penas del derecho, envíen y traigan prisionera ante nosotros á Juana, acusada de crímenes, para que proceda contra ella la santa Inquisicion.

El señor de Luxembourg, estrangero, fué menos cruel que los compatriotas de la heroína. Enviola á su castillo de Beaufort, donde las señoras de su familia se mostraron dulces y complacientes con ella.

La universidad de Paris, escandalizada de estas consideraciones y de estas dilaciones, y

cobardemente aliada con la Inquisicion contra la inocencia y la desgracia, apoyó, por medio de cartas, las mas imperativas y las mas ardientes, los pareceres del vicario general de la Inquisicion: «En verdad, decia la universidad al señor de Luxembourg, en verdad, á juicio de todo buen católico, nunca recibiria la fé tan grande lesion, ni se encontraria en tan eminente peligro, ni jamás la fé pública se encontraria tan escarnecida mas que cuando ella se libertase por una via tan dañosa y sin recibir el conveniente castigo.»

Se ve que en todos los tiempos los odios de los hombres parecen las justicias de los jueces, y que ni las letras, ni las funciones sacerdotales preservaban á los cuerpos políticos de estas detestables adulaciones á su partido.

Como Luxembourg se resistia aun, la universidad y la Inquisicion suscitaron la autoridad eclesiástica en la persona del obispo de Beauvais, hombre feroz y fanático, llamado Cauchon: fué el Caifás de este Calvario.

Cauchon, por principios ó por interés, se habia vendido á la causa enemiga. Se atrevió á significar al duque de Borgoña que le entregara su prisionera y él le daria el precio de ella.

«Aun cuando esta muger, decia, no debe ser considerada como prisionera de guerra, sin embargo, para recompensar á los que la han apresado, el rey (era el rey inglés de los parisenses), el rey consiente en darles seis mil francos (suma considerable entonces), y al bastardo que la cogió una renta de trescientas libras.»

El señor de Luxembourg, no atreviéndose á resistir á la vez al secreto deseo del duque de Borgoña, al imperio de los ingleses en la coalicion, á la universidad, órgano de la opinion, á la Inquisicion, órgano de la Iglesia, cedió, á pesar suyo, á estas influencias reunidas y entregó á Juana. Crimen colectivo, en el que cada uno se descarta de su responsabilidad; pero del que Paris tiene la acusacion, Luxembourg la cobardia, la Inquisicion la señoría, los ingleses la felonía y el suplicio, y la Francia la vergüenza y la ingratitud.

## IV.

Este tráfico, relativo á la compra de Juana por sus enemigos, de los cuales, los mas encarnizados, eran compatriotas suyos, duró seis meses. Fué arrancada con dolor de los cuidados y verdadera amistad de las mugeres de la casa de Luxembourg en Beaufort, trasladada á Arrás, y últimamente encadenada en Rouen. Durante estos seis meses, la influencia de este ángel de la guerra sobre las tropas de Carlos VII, su alma que sobrevivió en los consejos y en los campamentos de este príncipe, la

supersticion patriótica del pueblo bajo hacia ella, supersticion que se redobló con su cautiverio, la ausencia, en fin, del duque de Borgoña, cansado de guerra, inclinado á las negociaciones, embriagado de amor y de festines, ocioso en sus estados de Flandes, todas estas causas contribuyeron á los reyeses de los ingleses y á los triunfos de Carlos VII.

Juana, ausente, triunfaba á pesar de todo. El odio contra su nombre se aumentaba á proporcion de los desastres de su causa en el corazon de los ingleses, de la universidad y de la Inquisicion, partidarios serviles ó interesados de esta monarquía estrangera. La política que se estinguiera aquel prestigio popular con la sangre de la heroína; un clero ciego deseaba que se quemase la magia con la magia; la pasion pedia venganza; el miedo seguridad; la condena y la muerte de Juana eran el triste complot de estos viles instintos del corazon humano. El obispo de Beauvais aceleraba el proceso, y se abrió el tribunal; era tal la impaciencia que tenian en condenar á Juana las autoridades sagradas y las legas, que el clero de Beauvais autorizó á Cauchon para que sustituyese al arzobispo de Rouen, cuyo arzobispado esperimentaba á la sazón un interregno.

Los caballeros de las tres naciones, aun aquellos que mas habian admirado á la cautiva, parecia tambien que se regocijaban, porque se libertaban de la presencia de Juana, viendo que la Inquisicion por su parte se apresuraba á sacrificarla á su injusto é inesperado resentimiento. Cuentan que poco tiempo antes de haber comparecido la acusada ante sus jueces, el señor de Luxembourg, de quien ella habia sido prisionera, atravesando á Rouen, fué, por mero pasatiempo, á presentarse delante de Juana en su prision, acompañado del conde de Strafford y el conde de Warwick, para manifestarla únicamente el temor de los ingleses, á pesar de verla encarcelada.

«Juana, la dijo con acento de mofa, he venido aqui para libertarte por medio de un rescate, con la condicion que has de prometernos no armarte otra vez contra nosotros.»

«¡Ah, Dios mío! respondió la prisionera con un acento de dulce reconvenccion; vos os mofais de mí. Vos no teneis para lo que me ofrecéis ni el poder, ni la voluntad. Sé muy bien que los ingleses me harán morir, creyendo ganar la monarquía con mi muerte; pero aun cuando fuesen cien mil veces mas, juro al cielo que no lo conseguirán.»

Strafford sacó una daga de la vaina, como para vengar este reto animoso de la cautiva; pero Warwick, mas leal y mas humano, le asió del brazo y previno el ultraje.

## V.

Mas de cien doctores eclesiásticos y seglares se reunieron en Rouen para formar el ter-

rible tribunal. Se hubiera creído que estos jueces perversos ó fanáticos, habian querido compartir la iniquidad en mayor número, á fin de disminuir su responsabilidad y el horror parcialmente á los ojos de la Francia y del porvenir. Estos cien jueces, sin embargo, no tenian autoridad mas que para informar contra la acusada, y para discutir las acusaciones y las pruebas; el obispo de Beauvais y el vicario del inquisidor general, Juan Lemaitre, eran los únicos que tenian el derecho de fallar; mas habian fallado de antemano interinamente.

Nada se omitió para adquirir recriminaciones contra Juana. Los informadores enviados á Domremy para buscar crímenes hasta en su cuna; y para manchar su vida con los rumores populares, que son los preludios de las grandes calumnias, no recogieron en todas partes mas que testimonios de su fé, de su candor y de su inocencia. Sus jóvenes compañeras de infancia, fieles á la verdad y á la amistad, hablaron de ella con compasion y llorando; los soldados hablaron de ella con admiracion, y el pueblo todo con reconocimiento. Fué preciso buscar en los manantiales mas tenebrosos y mas inmundos elementos de acusacion; la mas sacrilega perfidia los habia abierto.

Un pastor de Lorena, y compatriota de Juana, llamado Loiseleur, fué encerrado en su prision bajo pretexto de ser adicto á la causa de Carlos VII, á fin de que el parentesco de la patria, la conformidad de opinion é igualdad en los sufrimientos abriesen el corazon de Juana á la confianza y á la confidencia. Mientras que Loiseleur preguntaba á su compañera de cautiverio, y se esforzaba en arrancar á su alma confesiones convertidas en crímenes, el obispo de Beauvais y el conde Warwick, escondidos en cierto parage de la prision, asistian invisibles á estos diálogos, y especialmente á las expansiones de su corazon quejoso y resentido. Los tabeliones, ocultos tambien como el obispo y encargados de escribir estos misterios, se avergonzaron del oficio que desempeñaban, y se negaron á transcribir tan infames sorpresas de la conciencia. Loiseleur continuó su obra de perdicion bajo otro disfraz: fingió compadecerse mucho de Juana, recibió sus confesiones en el calabozo, y entendiéndose despues con el obispo, aconsejó á la prisionera, afirmando que así complacia á Dios, todas las confesiones que podian dar pretexto á la condenacion.

Durante todos estos preliminares en Rouen, intimidaban á los testigos que hubieran podido hablar en su descargo ó en su gloria. Una muger del pueblo, por haber dicho en público que Juana era una muger de honor, fué quemada viva.